

Reseñas

JOSÉ LASAGA MEDINA. *Las metamorfosis del seductor: ensayo sobre el mito de Don Juan*. Editorial Síntesis. Madrid. 239 págs.

Un hombre incapaz de ser fiel a nada –a una mujer, a su país, a la amistad–, ha alcanzado el rango de uno de los grandes mitos de Occidente, inspirando grandes creaciones artísticas y convirtiéndose en objeto de infinitos análisis y meditaciones por parte de señeros críticos y pensadores. Se trata de la figura de Don Juan, cuya miseria moral (en el sentido convencional del término; el burlador afirma una ética *sui generis*) no ha sido óbice a siglos de admiración y fascinación ni a la emulación degenerada y pedestre que entendemos como “donjuanismo.” El presente estudio pone de relieve que junto a ese perfil moral negativo brillan los valores de una vitalidad desbordante, la afirmación de una libertad sin límites ni cortapisas, así como una valerosa aceptación del destino personal. Convendría añadir que la dudosa ejemplaridad de alguien que se dedica a seducir doncellas, burlar a la autoridad y desafiar a los muertos, encarna sin ambages la dimensión de la psique que Freud llamara “el principio del placer”, ámbito donde el deseo desconoce restricciones y límites.

Muerte por metamorfosis. Así se describe en este sugerente ensayo la trayectoria de uno de los iconos máximos de la modernidad. Al bien conocido lema cartesiano contrapone don Juan el de “gozo, luego existo”. Estamos ante el héroe de la subjetividad, quien en su ilimitada confianza en sí mismo sustituye el entorno objetivo por un mundo propio regido por la fantasía erótica. Don Juan está siempre dispuesto a jugarse la vida a la carta del deseo. De tal manera, el personaje creado por Tirso se rebela contra la moralidad social y religiosa imperantes, marcando la pauta de una serie histórica de cristalizaciones artísticas del arquetipo que Lasaga comenta con profundidad y finura. En el amplio despliegue de máscaras que reviste la figura del seductor encontramos al burlador rebelde, al transgresor, al ateo, al libertino, al enamorado, al dandy, al hombre sin proyecto, ejemplo del absurdo existencial... por mencionar sólo algunos de sus avatares. Según el autor, las manifestaciones más célebres del mito (Tirso, Molière, Mozart, Zorilla) surgen en épocas fronterizas, cuyos valores son inciertos o han entrado en crisis. El Don Juan de Tirso es uno de los primeros personajes que refleja la incertidumbre de los valores y la debilitación de la fe que caracterizan a su tiempo. El antiguo mito de Eros se reencarna, iniciando así su peregrinación hacia la modernidad.

Rechazando las nociones de pasado y eternidad, el gran seductor apuesta por el instante, por el placer que le proporcionan los sentidos aquí y ahora. Con el derrumbe de la noción de trascendencia y la pérdida de antiguos ideales, Don Juan afirma no sólo el principio del placer sino el de la vida entendida como libertad absoluta –piedra

angular de lo que conocemos por Modernidad. A partir de la desaparición de la imagen punitiva del Comendador, el mito de Don Juan experimenta una serie de transformaciones que Lasaga califica de “inversiones.” La personalidad del burlador recorrerá un arco de emociones que van del deseo insaciable al hastío, propiciándose así la transformación del mito heroico en sujeto histórico, pasándose del tipo sociológico al psicológico. El orgulloso burlador se convierte en una figura a merced de la soledad, el desamparo e incluso –sentimiento nada donjuanianiano –el miedo a sí mismo.

Los estudios en torno a Don Juan son legión, la mayoría de índole filológico-literaria. La novedad del libro de Lasaga estriba no sólo en su orientación filosófica – de la que no faltan ejemplos, aunque no sean tan numerosos – sino en la amplitud y agudeza de la mirada que arroja sobre el tema, en una puesta al día anclada en una impresionante gama de lecturas, así como en la originalidad de sus observaciones. Por razones de espacio señalaré tan sólo un par de ejemplos.

A pesar de la insolencia y bravuconería que despliega frente al Comendador y cuanto éste representa, Lasaga no ve en Don Juan a un burlador teológico: “Lo ejemplar de don Juan no es su ateísmo, sino su espontánea ignorancia del orden sobrenatural” (31). No es Don Juan quien desafía a Dios sino que es éste, a través del Convidado de Piedra, quien desafía al seductor, que “honorable y crédulo acude a la cena” (175). La actitud del burlador lleva en su seno el nihilismo, pero según el autor “el nihilismo termina allí donde percibimos algo por lo que merece la pena morir...”. Cuando Don Juan acepta la invitación del Comendador hace gala de un “nihilismo activo, camino de salvación, recreación de nuevos ideales” (181). Aunque para este lector la aseveración resulte bastante problemática (dependerá de qué ideales), es en esa encrucijada cuando Don Juan se convierte en símbolo de la decadencia a la vez que en mito de iniciación.

Cuando Lasaga aborda el tema de la decadencia en la figura del dandy –una de las “inversiones” de Don Juan– su trabajo evidencia una finísima sensibilidad histórico-cultural, en lo que constituyen las páginas más elegantemente razonadas del ensayo. Partiendo de la idea baudeleriana de que el dandy es el único héroe posible en un entorno materialista, la imagen de Don Juan aparece como “artista de la coquetería”, alguien para quien la seducción se degrada, pasando a ser un repetitivo *tedium vitae*, cuyas notas el autor destaca con gran tino.

Si bien la penetración en el mito del burlador es sumamente reveladora, apenas se profundiza en sus connotaciones más oscuras. La reducción del “otro” (en este caso “la otra”) por parte del seductor a mera cifra; su dependencia de la cantidad (de conquistas); la idea de que los cuerpos son intercambiables (rasgos todos aludidos en el ensayo), no quedan a mi parecer lo suficientemente ligados a su posible conexión con las incomparables crueldades contra el género humano de que fue testigo el siglo pasado. Los apartados dedicados a Azorín, Unamuno, Valle Inclán, Camus, Kundera, entre otros, así como el repaso de sus distintas versiones del mito (¿Qué pasó con el de Maeztu? ¡El de Torrente merece mas atención!), hará las delicias del lector con

inclinaciones filosóficas, así como de cuantos sientan curiosidad por ahondar en la compleja red de significados que se entretajan en torno a la personalidad de Don Juan.

THOMAS MERMALL
City University of New York

BIRUTÉ CIPLIJAUSKAITĖ: *La construcción del yo femenino en la literatura*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2004, 484 págs.

Birutė Ciplijauskaitė, reputada hispanista que cuenta con más de cincuenta años dedicados a la literatura española, además de numerosas obras críticas y traducciones publicadas, nos presenta en *La construcción del yo femenino en la literatura* una recopilación de una serie de artículos realizados entre 1978 y 2003 con un común denominador: la figura femenina en la literatura, especialmente en la española.

La obra está estructurada en tres apartados: “Huellas de la tradición”, “Tanteos y transiciones” y, finalmente, “Palabra conseguida”. Los títulos de tales secciones no están, ni mucho menos, escogidos al azar. En “Huellas de la tradición” se nos presentan los primeros pasos en la creación de unas figuras femeninas que, aun dependiendo fuertemente de la tradicional visión de la mujer, empiezan ya a mostrar aspectos novedosos: el desdoblamiento de la *Celestina*; la evasión en el yo poético de Rosalía de Castro; la figura de la mujer artista emancipada (o no) en Fernán Caballero, George Sand y Mme. de Staël, etc.

En el segundo apartado, “Tanteos y transiciones”, se trata el despertar de la conciencia femenina hacia la necesidad de formas de expresión nuevas alejadas de la tradición, el caso de escritoras y poetas que luchan por encontrar su voz particular en un camino no exento de dificultades. Entre otras cosas, se nos presentan aquí el doble exilio de las voces femeninas de la generación del 27; el complejo paso de objeto descrito a sujeto que escribe; el proceso de separación del personaje femenino y la autora; el intento por desligarse de las generaciones anteriores; la inversión de motivos heredados, etc.

Finalmente, en “Palabra conseguida” nos encontramos con una voz femenina independiente y plenamente establecida en casi todos los géneros. Se trata de una creadora que ya no tiene una actitud reivindicativa, pues su posición le parece natural y por eso se dispone a disfrutar de los goces de la creación poética. Una mujer que ya tiene un cuarto propio donde escribir y un lenguaje literario suyo caracterizado, según Ciplijauskaitė, por el fragmentarismo, la ironía, la mezcla de voces, la preferencia por los finales abiertos, la descentralización, la posibilidad de múltiples interpretaciones... En resumen, todo aquello que en la segunda mitad del siglo XX se empezó a reivindi-